

XVII

La joven preguntó por Isabel al lacayo que abrió la puerta de la magnífica habitación de la Duquesa.

—Voy á llamar al ama de llaves, que informará á la señorita, porque las señoras han salido, dijo el criado: sírvase Vd. pasar entre tanto donde pueda descansar.

Aurora entró en un elegante saloncito, en el que se respiraba el lujo y el buen gusto más delicado.

Los muebles de encina con ligeros filetes de oro, las colgaduras de damasco violeta, los preciosos cuadros de antigua fecha, la rica alfombra, todo esto, animado por los rayos de un hermoso y alegre sol y por ese ligero y penetrante perfume de las habitaciones suntuosas, trasportaba el alma á recuerdos risueños de placer y de goces.

Sin embargo, el corazón de Aurora perma-

neció frío ante aquella pompa: únicamente le llenaba la imagen de Fernando: para Aurora, no había en la vida más que dos cosas: Dios y el Marqués.

¡Pobre criatura! nacida solo para sufrir los sinsabores de la tierra, todo lo hallaba ya desierto sin haber probado nada: la existencia no había tenido para ella velos rosados, sino negros crespones; y salía de la tierra casi sin haber llegado á sus umbrales.

La presencia del ama de gobierno la sacó de sus melancólicas reflexiones.

—¡Señorita! exclamó esta.

—¡Doña Ursula! repuso la jóven reconociéndola: ¿cómo está Vd. aquí?

—He entrado con el mismo destino que tenía en casa de su señora madre.

—¿No está Isabel? preguntó Aurora.

—No señora: desde el día en que yo entré, se halla en casa del señor Marqués del Prado: ¿quiere Vd. verla?

—Sí, Doña Ursula: necesito hablarla.

—Pues tómese Vd. el trabajo de ir allí: podía enviar á buscarla en otras circunstancias; pero hoy no me parece posible.

—¿Por qué?

—La señorita hermana del señor Marqués, se muere segun he oído decir á la señora: la señorita Isabel fué con la señorita Amelia á verla: la enferma las hizo quedar allí todo el día: y gustó tanto de la compañía y de la conversacion de su prima de Vd., que ya no la dejó salir.

—Voy pues allí, dijo Aurora sintiendo un melancólico placer al pensar que iba á entrar por la primera y última vez en casa del Marqués: adios, Doña Ursula.

—Adios, señorita: ya sabe Vd. donde estoy, por si me necesita para algo.

Aurora salió tristemente preocupada: iba á ver al Marqués en el día del luto y de las lágrimas: era Dios el que la llevaba á su presencia, porque ella había creído verle por la última vez en la noche anterior: ¡pero qué triste iba á ser aquella despedida!

Llegó por fin á casa de la Marquesa: la puerta se hallaba abierta, á fin de que el ruido de la campanilla no llegase hasta la enferma: el criado, que se hallaba en la antesala, no dijo nada á Aurora, que entró en la antecámara.

Una camarera salía por una puerta al entrar Aurora por la otra.

—La señorita Isabel? preguntó la jóven.

—Allí está, respondió maquinalmente la camarera, enjugándose los ojos.

Aurora, creyendo que estaría sola su prima, siguió la direccion indicada, y se halló en un gabinete, donde la muerte se habia instalado, pero en el que algunas personas pugnaban por ocultar su presencia á la víctima que designaba su descarnado dedo.

Sentada en el centro del aposento, ó más bien, recostada en un gran sillón, se hallaba una jóven pálida, con el color alabastrino del nácar, pero cuyas mejillas mostraban todavía los tintes de la rosa.

Sus ojos negros y rasgados tenian aún reflejos llenos de vida, y casi de alegría: era una luz que agonizaba, lanzando sus últimos reflejos.

Serían como las dos de la tarde: un sol radiante, el sol de Setiembre, penetraba por la ventana abierta: y al mismo tiempo, una brisa templada oreaba la tierra, agitando las flores, que mostraban en las macetas del balcón sus postreras galas.

Un pajarito cantaba encerrado en su jaula, y saltaba de palito en palito con esa alegría propia solo de las aves y de los niños.

Sentada á alguna distancia y haciendo como que leía, se hallaba la Marquesa; pero su llanto no dejaba de correr silencioso y desgarrador.

Isabel, sentada al lado del sillón de Camila, terminaba el almohadon que ésta habia destinado á Amelia.

Fernando, sentado al otro lado del sillón de su hermana, estaba callado y abatido.

Cerca del balcón estaba Amelia, que de vez en cuando cambiaba algunas palabras con el médico de la casa, allí presente tambien.

—Acérquese Vd., señora, dijo Camila, que fué la primera que vió aparecer á Aurora, con esa lucidez que hasta el último instante de su vida conservan los que mueren de esa fatal enfermedad que se llama tisis.

—Señora... señorita... dijo Aurora confusa: siento venir á incomodar... yo buscaba á mi prima, y creí hallarla sola... ¡perdon por mi indiscrecion!...

—Aquí está Isabel, dijo Camila: vino con Amelia hace seis dias y me agradó tanto su compañía, que supliqué á mi amiga que me la dejase... ¡acérquese Vd., señora, y verá qué bien ha concluido el almohadon que yo habia empezado!

La Marquesa se levantó, tomó la mano de la trémula y confusa Aurora, y la condujo junto á su hija.

Fernando aproximó un asiento.

—Este almohadon, prosiguió Camila, era uno de los regalos de boda que yo queria hacer á Amelia cuando se casara con mi hermano: pero como ahora Fernando va á casarse con Isabel, el almohadon será para ella.

Aurora, al escuchar estas palabras, abrió sus grandes y tristes ojos negros y los fijó en su prima.

—Sí, prosiguió Camila: yo me voy de este mundo: lo sé, por más que me lo quieran ocultar... este sol, que ahora luce, será el último que vean mis ojos... y como sé lo que vale Isabel, y mi madre se queda tan sola, quiero que sea su hija!

—¡Hija mia! ¡piensa solo en ponerte mejor! dijo la Marquesa, y luego ya veremos lo que se hace.

—Mamá, repuso Camila: ¡esto que digo no es una monomania de moribunda, no! ya sabes que tambien Amelia quiere que Isabel se case con mi hermano: éste me ha confesado que le agrada... ¿por qué no se han de casar? deja

que me vaya de este mundo tranquila, madre mia: yo te conozco: conozco á Isabel, y sé que ella te consolará de mi pérdida.

Nadie respondió: todos derramaban lágrimas silenciosas.

—¿Ha venido la madre Jesús? preguntó Camila tras una pausa: me parece que la veo allá fuera.

—Ahora viene, dijo Isabel.

En efecto: la religiosa entró un instante despues: se acercó á la enferma, y la besó en la frente.

—Ya me voy, mi buena madre Jesús, dijo Camila: así que cierro los ojos, veo al Señor, que me llama y me dice:

—Ven, hija mia, ven: te espero aquí arriba.

—Así pues, señora, prosiguió Camila, pronto me iré ya: cuando yo no esté aquí, consuele usted á mi madre y á mi hermano.

Camila dijo estas palabras como haciendo un grande esfuerzo: era evidente que su alienato era cada vez más fatigoso, y que apenas podía ya hablar.

Cerró los ojos, y de sus labios, que empezaban á ponerse descoloridos, se escapaba á largos intervalos un quejido: parecia como que

algo se iba rompiendo dentro de aquel cuerpo frágil y delicado.

—Llévese Vd. de aquí á mi madre, señora, dijo Fernando en voz baja á la hermana de la Caridad.

Esta se acercó á la Marquesa, y le suplicó con pena que consintiese en seguirla á otra habitacion.

—¡No, no! repuso la Marquesa: soy una verdadera cristiana, y no me entregaré á la desesperacion: ¡pero tampoco quiero perder ni un instante de la vida de mi hija!

La religiosa salió para enviar en busca de un Sacerdote, que administrase á la agonizante la Extrema-Uncion.

La Marquesa se arrodilló al lado del sillón de Camila, que apenas respiraba.

Hubo un instante en que abrió los ojos: unió las manos de Fernando y de Isabel, y miró á su madre de un modo tan elocuente, que la Marquesa dijo con voz solemne:

—¡Sí!

El semblante de Camila pintó la alegría y el consuelo, y aun duraba aquella expresion, cuando recibió el último de los sacramentos de la Iglesia, el que se administra al

cuerpo, cuando ya está el alma próxima á abandonarle.

El silencio más profundo reinaba en la estancia: solo se oían los sollozos de la Marquesa y de Isabel, que, poco acostumbrada á ver la muerte tan de cerca, sentía, al contemplarla, una angustia indecible.

La religiosa y el Sacerdote, arrodillados á los lados del sillón de la agonizante, recitaban las oraciones que tiene la Iglesia para encaminar el alma al cielo.

Aurora sintió, al oír aquellas preces, al ver aquella santa muerte, al contemplar arrodillado y rezando á Fernando, que todo lo que su amor hacía él tenia de mundano, se fundía en un sentimiento casto, puro, casi fraternal.

Camila rezaba tambien, y, durante algunos instantes, su voz fué clara y distinta, y su rostro conservó la serenidad de que su muerte estaba rodeada: luego su acento se debilitó poco á poco, y se hizo del todo ininteligible.

Las rosas de sus mejillas se apagaron como el soplo de un niño apaga la luz que brilla tras un globo de porcelana.

Cerráronse sus grandes ojos, y sus manos,

que tenía unidas, se desunieron, cayendo sus brazos á lo largo de su cuerpo.

—¡Señor, voy á tí! dijo con voz tranquila, aunque muy débil; ¡recíbeme en tu seno!

No habló más: su respiracion se hizo tan débil como el hálito de un niño dormido.

Salieron de su boca dos ó tres leves suspiros, y con el último, voló su alma á las regiones celestes.

La Marquesa fué la primera que se apercibió de que ya no tenía hija.

Se levantó, y cerró sus ojos que habían quedado entreabiertos, besándolos despues con una ternura infinita.

—¡Hija mia! ¡pobre pajarillo á quien calenté en mi seno, vé á cantar tus inocentes himnos delante del Señor!

—Dichosa ella, señora, que va al reino de eterna gloria, dijo el Sacerdote; los tristes somos los que la perdemos: pero Vd., que es tan buena madre, debe preferir la infinita ventura de esta niña al placer de poseerla, que estaria mezclado con el dolor de verla padecer.

XVIII

—Madre mia, dijo Aurora al ver á la madre Jesús que se retiraba, quisiera hablar á Vd.

—Estoy á sus órdenes, señora, respondió la superiora de las hermanas de la Caridad.

—¿Va Vd. á volver pronto?

—Dentro de dos horas, volveré para cumplir los últimos deberes con los restos de mi pobre y querida Camila: yo quiero ser, señora, la que le vista sus últimas y blancas galas.

—Pues bien, yo desearia ayudar á Vd. en esos cuidados, y delante de esos restos sagrados para mí, le hablaré de una resolucion que he tomado.

La madre Jesús miró á Aurora bastante sorprendida: aquel hermoso semblante de diez y nueve años tenía impresa ya la huella de hondos y crueles sufrimientos, y la religiosa estaba demasiado familiarizada con las penas, para no comprender aquellos signos que se es-

criben en la palidez de la frente, en la amargura de la sonrisa y en la invencible languidez de la mirada.

—¿Es Vd. desgraciada, hija mia? le preguntó tomándole afectuosamente la mano.

—¡Mucho! repuso Aurora.

—Quizá algun consejo mio la pueda aliviar.

—Así lo espero, señora, dijo la jóven; hasta despues.

La religiosa salió, y Aurora quedó con Isabel y Fernando al lado del cadáver.

La Marquesa habia sido conducida á otra habitacion, pues aunque era muy grande su valor cristiano, su cuerpo débil sintió al fin quebrantadas sus fuerzas al peso del dolor, y la sobrecogió un desmayo.

¿Qué le diria á Dios la pobre Aurora, allí en presencia de la muerte, y en presencia tambien del hombre á quien tanto amaba?

Pensó en que su madre habia muerto sola y abandonada, y en que todas las desgracias, que habian caído sobre su cabeza, eran el castigo de su criminal conducta con la que le habia dado el ser.

Pensó en que, para expiar lo pasado, debia consagrarse al alivio de los desvalidos, y cu-

brir su frente con el velo de las hermanas de la Caridad.

Isabel, que habia sido buena, dulce, modesta, ejemplar y cariñosa para su madre, única protectora que habia conocido, estaba allí, y debia tener fundadas esperanzas de ser dichosa: ¡pero ella! ¿qué podia esperar de la vida, si veia holladas bajo su planta, y muchas por su propia voluntad, las flores del porvenir?

Apesar de que la muerte habia purificado su amor hácia Fernando, la idea de una eterna despedida le hacia más vehemente, y de cuándo en cuándo, Aurora dejaba caer una mirada sobre aquella noble y bella cabeza.

La religiosa volvió á la hora que habia ofrecido: pidió á Isabel y á Fernando que la dejaran sola con Aurora, y éstos se reunieron con la Marquesa.

La madre Jesús y Aurora vistieron á Camila un sencillo traje blanco, una corona de rosas blancas tambien, y un velo de muselina.

Así estaba vestida la jóven, radiante de belleza y de esperanzas, el dia de su primera comunión, y así se la vistió para celebrar sus bodas con Cristo.

Despues de terminado el último tocador de

Camila, Aurora se sentó al pié del lecho fúnebre, y la religiosa se preparó á oír la relacion de todas las penas que habian amargado su vida.

—Madre, concluyó la jóven despues de enumerar sus culpas y pesares: yo quiero ceñir el velo de las esposas del Señor: pero no tengo confianza en la fortaleza de mi alma, ni en lo perfecto de mi vocacion: por lo tanto, temo la eterna sujecion del cláustro, y creo que, para que mi vida sea más perfecta, no debo cerrarme todas las puertas del mundo, sino dejarme alguna abierta, por si acaso más tarde me acusa el deseo de volver á él.

—Y bien, hija mia, preguntó la religiosa: ¿quiere Vd. consagrarse al servicio de la humanidad? ¿quiere Vd. cubrir su cabeza con el velo de las hijas de San Vicente?

—Eso es lo que deseo por ahora, repuso Aurora: sí, madre mia, quiero ser, al mismo tiempo que esposa de Jesucristo, hermana de la Caridad.

—Lo será Vd.

—¿Cuándo?

—Lo antes posible: y si despues se siente aún disgustada de la vida, ó si cuando esté pa-

gada la deuda que contrajo con su conciencia, al abandonar á su madre, se ve aún acosada por amargas memorias, entonces podrá encerrarse en un convento.

La religiosa imprimió su último beso sobre la ya helada frente de Camila, y salió de la estancia, siguiéndola Aurora.

—Adios, dijo al dejar aquella morada: adios para siempre, Fernando: ¡hágate el cielo tan dichoso como yo deseo!

Dejó caer sobre su rostro el velo de su mantilla para ocultar sus lágrimas, y desapareció.

La religiosa se dirigió al hospital, donde tenía su celda.

Aurora, á su casa, para hacer los preparativos de su despedida al mundo, en el que habia hallado tantas espinas y tan pocas flores.

XIX

El Vizconde de la Flor, al saber por la misma Amelia el rompimiento del proyectado enlace de ésta con el Marqués del Prado, vió el cielo abierto, y, flotando en su manto azul los rayos de oro del sol de su ventura.

Era un jovencito de unos veinte y dos años, delicado y lindo como una dama, esbelto, elegante, rizado y perfumado, que adoraba á Amelia desde la primera vez que la vió.

Su cuna era muy noble, y aunque no grande su riqueza, el Duque no halló inconveniente en darle á su hija, y el matrimonio se celebró con gran pompa y magnificencia dos meses después de la muerte de Camila, y muy á satisfacción de la Duquesa, á la que disgustaba la gravedad melancólica de su futuro nieto el Marqués del Prado.

Amelia y Enrique—este era el nombre del